

seaba ayer por el jardín, cuando encontré a una pobre mujer que me detuvo y me dijo: «Señor, me han dicho que entrase aquí para poder encontrarme con el Rey. ¿Le parece a usted si el Rey pasará pronto?—Nada más probable, buena mujer.—¿Cómo irá vestido, para que yo pueda reconocerle?»

Tenía intención de darle las señas de San Marco o de Ascoli; pero preferí seguir la aventura hasta el fin.

«—Oiga usted—le dije,—como el Rey no pasea todos los días y podría usted esperarle hasta la noche inútilmente, si tiene usted que hacerle alguna petición, yo me encargo de transmitírsela.—Le quedará muy reconocida—repuso la buena mujer;—yo no soy más que una pobre viuda, y sólo tengo tres pavas, y se las doy a usted, si me cumple su palabra.—¿Están gordas?—pregunté.»

Es de suponer que yo no quería comprar gato por liebre.

«—Como patos, mi querido señor—respondió la interpelada.—Entonces, asunto concluido—repliqué.—Venga usted mañana con sus tres pavas. ¿Tiene usted su petición?—Sí—me contestó.—Démela... Mañana se la traeré anotada por el Rey; usted, por su parte, me entregará las tres pavas, y quedaremos en paz.»

Bien se comprenderá que no he faltado a la cita. Había puesto a un hombre de centinela; tan pronto como ha venido a decirme: «Hay abajo una campesina con tres pavas», he ido a su encuentro; he entregado a la buena mujer su petición visada por el Rey, y ella a mí sus tres pavas. ¡Pobre mujer! Temo que vayan a robarla.

—¿Por qué?

—Porque los jueces no tendrán en gran estima mi recomendación. Pero, esta vez, estoy resuelto a dar un golpe de Estado, si es preciso, para que se haga justicia a esa pobre viuda... si sus pavas son tiernas.

Y el Rey salió riendo a mandíbula batiente, sujetando sus tres pavas, que llevó personalmente a las cocinas.

La Reina le siguió con una mirada llena de desdén; y, mirándome después, dijo:

—Usted lo ha visto; nada tengo que decir.

Entonces, clavando mis ojos en ella, la observé atentamente.

Tenía treinta y siete años, de suerte que, en ella, la belleza de la matrona sucedía a la de la joven; su cutis era blanco como el de las mujeres del Norte; sus cabellos de un rubio admirable, sus ojos azules podían expresar todas las pasiones, desde el amor más tierno al odio más invencible; en este último caso, su fisonomía adquiría una dureza que no podía concebirse en aquel semblante. La nariz era recta y bien formada, y la boca, aunque bonita, resultaba perjudicada por esa prolongación del labio inferior común a las princesas de la casa de Austria; hombros, brazos y manos, eran magníficos; pero hay que reconocer que la costumbre, o mejor dicho, el ambiente de la realeza imprimía a todo eso una rigidez que restaba a la Reina una buena porción de la gracia de la mujer.

Los italianos han inventado una palabra para ese género de gracia que falta sobre todo en Italia: lo llaman *morbidezza*; la encantadora negligencia de los criollos expresa esta idea del modo más completo.

En tanto que yo contemplaba a la Reina, ella, por su parte, me observaba a mí, y parecía que estaba entregada a un examen igual a éste que yo hacía respecto de su persona. El mismo pensamiento nos asaltó a la vez; nos echamos a reír las dos; me rodeó con su brazo, me atrajo hacia sí, y me abrazó con un ardor que mejor habría convenido a un amante que no a una amiga.

Me estremecí. Esto me recordaba la amistad de miss Arabela.

A la comida, nos fueron servidas las pavas asadas y en pastel. Estaban gordas, pero duras; eso era debido a que el Rey no había querido esperar algunos días para asegurarse de su calidad. Terminemos pronto esta historia de pavos.

Según había pensado Fernando, su firma no había alcanzado la menor influencia; el juez leyó la recomendación, y, mirándola como una de esas

recomendaciones que la impertinencia arranca a los soberanos, se encogió de hombros y puso de lado la petición.

Quince días después, el Rey encontró a la viuda, la cual lo recriminó rudamente y le acusó de haber abusado de su bondad, haciéndole creer que conocía al Rey.

—Vuelva usted de hoy en quince días—le dijo D. Fernando,—y si su pleito no ha sido ganado, me comprometo a entregarle cien ducados por cada una de sus pavas.

La buena mujer movió la cabeza; era evidente que no creía ni en el triunfo del pleito ni en el cobro de los dineros prometidos, y entre dientes dijo que había intrigantes que prometían mucho, se hacían pagar por adelantado y no cumplían sus promesas.

El Rey tomó el nombre del relator y escribió al tesorero de los tribunales que no le abonase el sueldo de aquel mes, ordenando que, si pedía una explicación, se le dijese que cuando hubiese despachado el pleito recomendado por el Rey, le pagarían sus honorarios, pero no antes.

Quince días después, el Rey enviaba a la buena mujer la sentencia judicial fallando la causa en su favor, y, dándose a conocer, añadía los trescientos ducados prometidos por las tres pavas.

XLIV

Como mi vida, durante un período de diez años, va a deslizarse en Nápoles, para la mejor comprensión de los hechos que se siguen, debo dar a mis lectores un conocimiento más completo de los dos personajes que acabo de presentarle, esto es, del rey Fernando y de la reina Carolina.

No tengo necesidad de decir cómo Carlos III, tronco de los Borbones de Nápoles, segundo hijo de Felipe V y

primogénito de Isabel Farnesio, subió al trono de las Dos Sicilias en 1734, y fué reconocido rey en 1745.

A la muerte de su hermano mayor, que no dejó sucesión, fué llamado al trono de España, y hubo de elegirse un sucesor.

Decimos *elegirse*, porque en aquella ocasión el derecho de primogenitura tuvo que ser invertido, por haberse vuelto idiota el infante D. Felipe, a consecuencia, según se dice, de los malos tratos que sufrió de su madre.

No había, por lo tanto, que pensar en él.

El rey Carlos III lo dejó en Nápoles para que allí muriese de su enfermedad, declarada incurable; llevóse consigo a su hijo Carlos, príncipe de Asturias, quien, a la muerte de su padre, acaecida según creo en 1788, fué reconocido Rey bajo el nombre de Carlos IV, y designó como heredero del reino de las Dos Sicilias a su tercer hijo, cuya edad era de siete años.

Antes de partir para España, quiso elegirle un preceptor; pero, como a causa de su tierna edad, ese cuidado incumbía más a la madre que al padre, fué por desgracia la Reina la que hizo aquella elección: sacó la plaza a pública subasta, y el príncipe de San Nicandro, uno de los hombres menos dignos de misión semejante, fué elegido para desempeñarla.

Una de las recomendaciones del rey Carlos III fué la siguiente:

—Sobre todo, haga de mi hijo un buen cazador; la caza es el solo placer verdaderamente digno de un rey.

Carlos III ponía, en efecto, la caza por encima de todo, hasta de la felicidad de su pueblo.

A este propósito, no citaré más que una anécdota.

Habiendo destinado la isla de Procida a la caza especial del faisán, publicó un edicto ordenando la extinción total de los gatos; poseer uno de estos animales era, a partir de entonces, incurrir en un crimen que por sí solo podía acarrear un castigo afflictivo y hasta infamante.

Un hombre, contraviniendo el edicto, conservó su gato, y fué denunciado,

detenido y condenado a ser azotado por mano del verdugo, y paseado por toda la isla, llevando al cuello la prueba de su delito, o sea el gato, y, por fin, enviado a galeras.

Convengamos en que semejante procedimiento era duro por demás.

¿Qué sobrevino?

Los topos, las ratas y ratones, libres de los gatos, sus enemigos naturales, crecieron y se multiplicaron libremente y en tal cantidad, que algunos niños fueron, en la cuna, devorados por esos roedores. Entonces, exasperados los isleños, empuñaron las armas, y reunidos en corporación, resolvieron emigrar a países berberiscos antes que vivir bajo un gobierno tan inicuo; de manera que, en definitiva, Carlos III se vió obligado a revocar su edicto.

Citemos otra anécdota, que pone de manifiesto el fanatismo del propio rey Carlos III por sus perros; ella presenta el lado opuesto de su odio a los gatos.

Un oficial del regimiento de los guardias italianos estaba de servicio en Caserta. Con tal motivo, llevaba puesto su uniforme de gala; y, dado lo módico de la paga, era de suponer que no sin sacrificios había comprado su uniforme. El rey Carlos III pasó por allí, al regresar de caza y seguido de su jauría. Uno de los perros, cubierto de lodo, saltó encima del oficial, con la plausible intención de acariciarle, y le ensució el traje. Sin parar mientes en la intención del can, y viendo el estado en que había quedado su ropa, el oficial lo rechazó aplicándole un puntapié. El animal lanzó un aullido que llamó la atención del Rey. Carlos III se volvió, miró al oficial, y, encarándose con él, le dijo:

—¿No sabes tú, bicho repugnante, que al animal por tí maltratado indignamente lo quiero más que a cincuenta de tus semejantes?

El oficial, aterrado, viéndose tratar así por haber aplicado un puntapié a un perro, se estremeció de ira, fué atacado de fiebre, cayó enfermo y murió al día siguiente.

Volvamos al joven Fernando y a su preceptor el príncipe de San Nicandro.

No he conocido al príncipe de San Nicandro, que ya había fallecido a mi llegada a Nápoles; pero, acerca de su persona, la opinión se mostraba unánime, y la educación del Rey confirmaba esta opinión, la cual le tenía por indigno del honor que la Reina le otorgara.

El príncipe de San Nicandro era un craso ignorante; en su vida no había leído más libro que el *Officio parco*, buen libro, pero insuficiente para un hombre encargado de la educación de un rey. Así que, no sabiendo nada, no podía enseñar nada a su discípulo, el cual, cuando se casó, apenas si sabía leer y escribir, y sólo hablaba el dialecto napolitano. Por lo demás, habiendo recibido del rey Carlos III la única recomendación de hacer del joven Príncipe un buen cazador, entendía que no debía preocuparse de otra cosa. Por su parte, el antiguo ministro toscano de Carlos III, Tannucci, que durante veinticuatro años había gobernado en nombre de su señor, y que había sido nombrado jefe de la regencia del joven Príncipe, no deseaba otra cosa que habérselas con un rey imbecil, para continuar gobernando como antes. No dió ningún consejo sobre la educación del joven Rey, a no ser el de despertar en éste la afición a la pesca no menos que la de la caza; de esta suerte, descansando de un placer fatigoso por otro tranquilo, el joven Rey no tendría tiempo de dedicarse a los asuntos públicos.

Lo único que preocupaba al príncipe de San Nicandro y de lo que se quejaba con tristeza, era la gran bondad del joven Rey.

En su virtud, se impuso el cuidado de corregir ese don del cielo, tan raro en los reyes.

El príncipe de Asturias, a quien no se podía reprochar las mismas disposiciones a la mansedumbre, se complacía en desollar conejos vivos. El príncipe de San Nicandro ponderó en altos términos esta distracción; pero, viendo que a su discípulo le repugnaba, puso en prensa su imaginación y encontró una variante, que consistía en colocar al joven Príncipe detrás de una

puerta con gatera, donde, armado de un bastón, Fernando esperaba que los conejos pasasen por el agujero, y entonces los mataba a golpes. Eso ya era algo. A esta distracción, el príncipe de San Nicandro pronto añadió otra: consistía en aleccionar a su alumno en mantear conejos, perros, gatos, niños, campesinos y obreros. El rey Carlos III, a quien se daba cuenta de estas distracciones de su hijo, las encontró plausibles, y escribió que tan sólo era necesario hacer una excepción con los perros, animales nobles, puesto que servían para la caza; y el joven Príncipe continuó mantear a los conejos y a los gatos, a los niños, obreros y campesinos, los cuales, no siendo animales nobles, no tenían derecho a ser exceptuados.

Cierto día distinguió entre los espectadores a un joven clérigo toscano, de cuerpo débil y semblante pálido. Ocurriósele a Fernando la idea de manteearle, y en voz baja dió órdenes a sus criados, que se apoderaron del infeliz clérigo, le tendieron sobre un cobertor y lo mantearon hasta que se desmayó. Loco de vergüenza al volver en sí, el joven se retiró a Roma, donde enfermó y murió a los dos meses. Llamábase Marrighi.

En medio de tales distracciones, fué creciendo el Rey, y se hizo cazador intrépido, buen jinete, pescador incomparable, luchador de primera fuerza.

Sin ocuparse lo más mínimo en los asuntos de Estado, llegó a los diez y ocho años, edad de contraer matrimonio.

Su casamiento estaba de mucho antes acordado con la joven archiduquesa de Austria María Josefa, hija del emperador Francisco I; pero, estando ya cambiados los retratos y regalos de boda, dispuestos los festejos en el trayecto que debía recorrer la joven Princesa, fijado el día de su partida, María Josefa cayó enferma y falleció.

Entonces, en substitución de la que había muerto triste e inesperadamente, fué designada su hermana menor, María Carolina, que salió de Viena en el mes de abril de 1768.

La flor imperial entraba en su reino con el mes de la primavera; nacida en 1752, apenas contaba diez y seis años. Estaba al corriente de los secretos de Austria, los cuales llevaba a su nueva residencia, y tenía el encargo de dirigir la política de la corte de Nápoles en el sentido que le indicase María Teresa. Su madre, que la quería entrañablemente, podía confiar en ella. Carolina poseía un entendimiento nada común en su temprana edad; más que instruida, era ilustrada; más que inteligente, era pensadora. Hermosa en toda la extensión de la palabra, era encantadora cuando se proponía serlo.

He dicho que tenía treinta y siete años en la época que la conocí, y por lo que entonces era, júzguese lo que sería a los diez y seis.

Hablaba y escribía cuatro idiomas: el alemán, francés, español e italiano. Sólo cuando se acaloraba sentía cierta dificultad en la expresión; pero sus ojos brillantes y la claridad de sus ideas hacían olvidar esta pequeña imperfección.

Llevábase consigo al ardiente Mediodía todos los sueños de la nebulosa poesía del Norte; iba a ver ese fabuloso país de las sirenas, donde nació el Tasso, donde murió Virgilio; iba a coger con su propia mano el laurel que crecía sobre la tumba del cantor de Augusto y sobre la del poeta de Godofroy. Su marido tenía diez y ocho años; ¿sería Eurialo o Tancredo, Niso o Renaud?

¿Por qué no? ¿Acaso no era ella Venus y Armida?

María Carolina se unió al Rey que he intentado describir, de enorme nariz, de pies y manos descomunales, de vulgares ademanes y que se expresaba en dialecto napolitano.

Un artículo del contrato matrimonial de la Reina, en el que Tannucci no había reparado, debía cambiar de cuajo la política del reino de las Dos Sicilias.

Decía así el capítulo: «Cuando la Reina dé a Nápoles un heredero de la Corona, tendrá derecho a entrar en consejo.»

Estuvo seis años sin dar ese here-

dero; pero a los veintidós estaba capacitada para cumplir los deseos de su madre.

Al principio, la Reina creyó que podría modificar la educación de su marido, lo cual le parecía cosa fácil de conseguir, considerando que, después de haberla oído hablar con Tannucci y las contadas personas instruídas de la Corte, Fernando quedó asombrado; incapaz de distinguir la verdadera ciencia del charlatanismo, el Rey exclamaba con admiración:

—¡ La Reina es, en verdad, la ciencia universal!

Pero tal admiración cedió en breve, y más de una vez le oí exclamar:

—¡ Cuántas torpezas, a pesar de ser tan sabia, no comete la Reina más que yo, que soy un asno!

Sin embargo, en los primeros tiempos de su matrimonio, Fernando se sometió a las lecciones que la Reina quiso darle, y le enseñó a leer y escribir casi regularmente. A esas lecciones aludía el Rey, cuando en sus ratos de buen humor, la llamaba *mi querida maestra*.

Pero lo que nunca pudo enseñarle, fueron los modales elegantes de las cortes del Norte y del Occidente, el dulce y gracioso hablar de la galantería que hace del amor un lenguaje que participa del aroma de las flores y del canto to de las aves.

La superioridad de Carolina humillaba a Fernando; la grosería de Fernando humillaba a Carolina.

Veremos lo que resultó de esta disparidad de caracteres y de esta oposición de temperamentos.

XLV

He aquí a nuestros dos personajes uno enfrente del otro: de un lado, la Reina, hermosa, altiva, graciosa, distinguida, delicada, sensual, algo pedante, pronta al enojo, tardía en aplacarse,

despreciando a su marido por la vulgaridad de sus palabras y la debilidad de su entendimiento; del otro lado, el Rey, divertido, ingenio hasta la ignorancia, independiente hasta la grosería, nada cuidadoso de su persona ni delicado en sus maneras, parecido, no a un soberano, no a un príncipe ni siquiera a un gentilhomme, sino a un *lazzarone*, a un mendigo napolitano.

Una de las cosas que causaban la desesperación de la reina Carolina, y que la obligaron a dejar casi por completo de asistir al teatro, fué el modo que el Rey tenía de conducirse en él, descendiendo a las más ínfimas demostraciones durante los entreactos.

Entre la ópera y el baile, le tralan la cena al palco. Uno de los elementos de esa cena era un plato de macarrones; el Rey lo cogía, se adelantaba hacia el antepecho del palco, y con grandes aplausos de la platea, engullía el plato de macarrones a la napolitana, sirviéndose de sus dedos a guisa de tenedor, y respondiendo con saludos a las aclamaciones de los espectadores.

La Reina creyó al principio haber adquirido sobre él un predominio mucho mayor del que en realidad ejercía. Habiendo un día cobrado ojeriza contra el duque de Altavilla, favorito de Fernando, le insultó y acusó de emplear medios indignos de un caballero para conservar su autoridad cerca del Rey. El Duque, ofendido en su dignidad, se quejó al Rey y le pidió permiso para retirarse de la Corte; el Rey, irritado por el proceder de su mujer, fué a las habitaciones de ésta, y le dirigió vivos reproches; pero ella, en vez de calmar su enojo, lo exacerbó con sus respuestas, en términos que la discusión terminó con una recia bofetada que, por espacio de tres o cuatro días, dejó huella en la mejilla de la Reina.

Entonces, al igual que Aquiles, la Reina se refugió en su tienda; pero el Rey se mantuvo firme, y obligó a la Reina a humillarse, al extremo de tener que suplicar al duque de Altavilla que interviniese para lograr la reconciliación, la cual vino en definitiva a conseguir el emperador José, que a la

sazón viajaba por Italia y llegó a Nápoles.

Durante algún tiempo, el Rey se sintió afectado de los desdenes de la Reina; pero pronto resolvió consolarse, prescindiendo de ella, lo que fué para Carolina motivo de desazón, pues con semejante actitud no sabía cómo ni cuándo poder recobrar su influencia sobre su marido.

Incansable cazador como era, Fernando no dejaba un solo día de salir a caza. En todos sus bosques había hecho edificar grandes chozas cuyo interior contenía un mobiliario sencillo y cómodo. Cuando, so pretexto de descansar, entraba en alguna de dichas chozas, siempre encontraba allí, bajo el traje elegante de las contadines de los alrededores de Nápoles, alguna bonita campesina que esperaba los obsequios de Su Majestad, y ponía gran cuidado en recomendar a los complacientes criados mucha discreción, a fin de que la Reina no viniese al corriente de aquel detalle amoroso.

—¡ Bah! —le dijo cierto día un mayordomo a quien había comunicado sus íntimos pensamientos, —¿ para qué tanto misterio, toda vez que, por su parte, la Reina hace otro tanto, y quién sabe si todavía más?

—¡ Calla, calla, y dejemos este asunto! —dijo el Rey; —así se cruzan las razas.

Y hoy día, que he prometido no ocultar nada de la verdad, debo decirla, declarando que el mayordomo no menta: la Reina, cuyo primer amante fué el príncipe de Caramanico, y después Acton, y simultáneamente con éste, sin que Acton se preocupase más que Pothemkine se preocupaba de los amantes de Catalina II, y al mismo tiempo que Acton, digo, el duque della Regina, cuyo nombre, según se ve, parece predestinado; y Pic d'Anceni, que ha, si no inventado, a lo menos perfeccionado la danza en Italia. Al igual que la gran Catalina, quería recompensar a sus amantes; pero, menos rica que ella, se arruinaba, y debido a ello, siempre se encontraba sin un ducado.

Volvamos al Rey.

Además de los placeres de la caza,

el Rey tenía de vez en cuando caprichos pasajeros por las damas de la Corte y de otra condición. Carolina no estaba celosa de su marido, a quien no amaba y antes bien despreciaba; con todo, temía que una mujer, más hábil que las demás, se apoderase de una autoridad de que no quería desprenderse a ningún precio. En determinados momentos, con destreza e insistencia femeninas, la Reina descubría el secreto de las intrigas amorosas de su marido, y se vengaba de sus rivales. Así que, al cabo de algunos meses de intimidad con la duquesa de Luciano, el Rey confesó esta intriga a la Reina, y ésta mandó desterrar a la Duquesa. Indignada la de Luciano, se vistió de hombre, y, saliendo al encuentro del Rey, le afeó su proceder. El Rey mostróse tan débil en aquella ocasión como lo había sido con la Reina, y reconoció su culpa; pero la Duquesa no consiguió que se levantase la orden de destierro, en el que vivía aún a mi llegada a Nápoles.

Un caso análogo ocurrió a la duquesa de Cassano-Serra, aunque producida por motivos absolutamente contrarios. Fernando se fijó en ella; pero, a pesar de sus reiteradas instancias, no logró obtener lo que deseaba. El Rey se quejó a su mujer de tales rigores, y la Reina encontró medio de hacer desterrar a la duquesa de Cassano por haber sido demasiado discreta, de igual manera que lo había encontrado para desterrar a la duquesa de Luciano por no haberlo sido bastante.

La pobre Duquesa pagó su virtud dos veces más caro de lo que otra habría pagado sus faltas, y por desgracia suya, en 1799, le fué levantado el destierro.

He dicho que el príncipe de San Nicandro estaba obligado a hacer de su discípulo el primer cazador y el primer pescador del reino, y esto, con el fin egoísta, inspirado por Tannucci, de impedir que el joven Príncipe tomase parte en los asuntos del Estado; en efecto, cuando asistía al consejo, el Rey llevaba a tal extremo la preocupación de la pesca y de la caza, que no permitía que pusiesen tintero en la mesa

de deliberaciones, de miedo que se tuviese la ocurrencia de redactar algún decreto que él se vería en el caso de firmar.

Entre el rey de Nápoles y el margrave de Anspach existía una correspondencia íntima semanal sobre todo lo que se relacionaba con la caza. Cada uno de estos príncipes llevaba un registro exacto en el que aparecían anotados día por día, hora por hora, los altos hechos que los ilustraban.

Igual registro e igual correspondencia se llevaba entre el rey de Nápoles y el de España, su padre. Sucedió con frecuencia que ambos monarcas se malquistasen por diferencias políticas; mas, por muy acentuadas que fuesen sus desavenencias, nunca sufrió la menor interrupción el registro cinegético.

La lista de los animales monteses sacrificados a los placeres del monarca fué siempre regularmente redactada; la caza menor se anotaba de igual modo que las piezas mayores, desde el faisán al papafigo. En una columna *ad hoc* se registraban las dificultades que los cazadores habían tenido que vencer, los accidentes ocurridos, las personas que habían acompañado al Rey y las proezas realizadas por dichos acompañantes, que eran mencionadas en términos laudatorios.

De estos dos registros, el destinado al margrave de Anspach era el preferido por la simple razón de que, a pesar de ser tan diestro Fernando, no era tan buen tirador como Carlos III, al paso que en este ejercicio superaba al margrave de Anspach.

La mejor lisonja que se podía tributar al Rey, era decirle que tiraba mejor que el margrave de Anspach; lo cual confirmaba el número de piezas cobradas por Fernando y que sobrepujaba a las cazadas por el margrave; al paso que, si el número de las piezas muertas por el rey Carlos III era superior a las del rey de Nápoles, debía-se, no a la habilidad de aquél, sino a la extensión y a la abundancia de caza de los bosques de España.

Citaré otras dos anécdotas que completarán el retrato que he trazado del

Rey; luego relataré los acontecimientos que perturbaron el reino de Nápoles y en los cuales tomé parte, más bien por amistad al Rey y a la Reina, que por antipatía razonada al pueblo francés y a los patriotas italianos.

El Rey cazaba en uno de sus bosques; una pobre mujer se encontró con él. No le conocía, y, al parecer, estaba muy desconsolada. Sin poseer el corazón ni la inteligencia de Enrique IV, Fernando tenía una especie de instinto para las aventuras populares. Se acercó a la pobre mujer y la interrogó. Díjole ésta que era viuda, que tenía siete hijos a quienes alimentar, para lo cual sólo contaba con un pequeño campo que acababa de ser devastado por la jauría del Rey.

—Así que, usted reconocerá, señor —añadió la viuda llorando, — que es muy sensible tener por soberano un cazador cuyos placeres son causa de lágrimas vertidas por sus súbditos.

Fernando le respondió que sus quejas eran justas y que, como quiera que él estaba al servicio de Su Majestad, no dejaría de enterarle de lo ocurrido.

—¡Oh! —dijo la pobre mujer, — haga usted lo que mejor le parezca, pues nada espero. Sólo un hombre sin corazón puede destruir, para dar satisfacción a sus gustos, la propiedad de los infelices, que no pueden nada contra él.

Estas palabras de la viuda no fueron obstáculo para que el Rey la acompañase hasta su choza, a fin de ver por sí mismo el estrago en cuestión.

Una vez en la mísera vivienda, llamó a dos campesinos vecinos de la mujer y les suplicó que justipreciasen el valor de lo destruido. Hecho el cálculo, se evaluó el perjuicio en veinte ducados.

El Rey sacó de su bolsillo sesenta ducados, de los que entregó cuarenta a la viuda, diciendo que era muy justo que un rey pagase doble que un particular.

Los otros veinte ducados fueron distribuidos entre los dos árbitros.

Un día a la semana, el Rey daba audiencia en Capodimonte, palacio construido por Carlos III expresamen-

te para la caza de los papafigos; aquel día, todo el mundo podía presentarse a él, sin necesidad de previo permiso. Solamente era cuestión de esperar turno, por lo que las antesalas quedaban atestadas de visitantes.

Un viejo cura de los alrededores de Capodimonte, que tenía que pedir un favor al Rey, resolvió aprovechar ese día de audiencia pública y dirigirse directamente a Su Majestad.

Pero, como la antesala podía ser más o menos larga, tomó precauciones contra el hambre, y se puso en el bolsillo un pedazo de pan y otro de queso. No era que tuviese la intención de comer en la antecámara; por nada del mundo hubiese cometido semejante falta de respeto. Pero, teniendo que recorrer tres leguas a pie para regresar a su aldea, pensaba, una vez obtenida la audiencia, detenerse en la primera fuente que encontrase y comer allí sus provisiones, rociándolas con algunos tragos de agua, a fin de reanudar la marcha hacia su curato después de haber reparado sus fuerzas.

Al cabo de tres o cuatro horas de espera, le tocó el turno, y entró.

El Rey estaba sentado en un sillón, y, acostado a sus pies, había un gran perro de lanas, que era su favorito a causa de la delicadeza de su olfato.

No bien apareció el cura, el perro levantó la cabeza, y, moviendo la cola, empezó a olfatear.

Todas sus demostraciones cariñosas iban dirigidas al cura, o, por mejor decir, al pedazo de queso que el visitante llevaba en el bolsillo. Conocida es la irresistible afición que los perros de caza tienen por dicho comestible.

Conforme el cura se adelantaba haciendo profundas reverencias, el perro se levantó y se puso a su lado.

El presbítero, que no atinaba cuál podía ser la causa de aquellas demostraciones, lo miraba no poco alarmado.

Esa inquietud se trocó en terror cuando que el perro se colocaba a sus espaldas. Y creció de punto el espanto cuando, en plena exposición de su demanda, sintió el hocico del can introducirse en su bolsillo.

El cariño del Rey por los perros era

notorio; no era cosa de desembarazarse de aquel predilecto del Rey por medio de un pantapié, y, con todo, el atrevido empezaba a llevar la indiscreción hasta lo insufrible.

En cuanto al Rey, saltaba de gozo; insensible a un chiste, a una burla de buena ley, el ridículo vulgar le complacía en extremo.

Interrumpió al cura en medio de su discurso, diciendo:

—Perdón, padre; pero, ¿qué tiene usted en su bolsillo que tanto atrae la atención de mi perro?

—¡Ah, señor! —respondió indeciso el cura, — un simple pedazo de queso destinado a mi comida de esta noche; son las cuatro de la tarde, tengo aún que salvar tres leguas para llegar a mi curato, y mis recursos no me permiten quedarme a comer en la ciudad.

—A fe mía, dice usted verdad —replicó el Rey, — porque he aquí a *Júpiter* (éste era el nombre del perro) que, por fin, se ha apoderado del queso. Prosiga usted en su petición, porque es probable que ahora le dejará tranquilo.

Mientras *Júpiter* se comía el queso, el cura acabó de decir al Rey el objeto de su visita, lo cual Fernando escuchó con la mayor atención.

—Está bien —dijo el Rey cuando el cura hubo terminado, — ya veremos.

Pero, contra los cálculos de Su Majestad, *Júpiter*, después de haberse comido el queso, parecía codicioso del pan.

—Vamos —dijo el Rey, — no haga usted las cosas a medias; vacíe usted completamente su bolsillo.

—Muy bien, señor; pero, ¿y mi comida?

—No se preocupe usted por cosa tan insignificante; Dios proveerá.

El cura dió su pan, y salió.

Mientras *Júpiter* comía el pan, el Rey llamó a un criado, y le dijo:

—Retengan al cura que acaba de salir, y désele abundante comida, procurando que tenga necesidad de permanecer una hora en la mesa.

La orden de Fernando fué ejecutada; durante la hora señalada, el Rey volvió a Nápoles y despachó el asunto del cura, de modo que al llegar éste a

su curato, confortado con una opípara comida, se encontró con que le había sido concedido lo por él solicitado.

Me he extendido mucho hablando de la caza, lo cual me ha hecho olvidar la pesca. Diré cuatro palabras acerca de esta segunda diversión del Rey.

Decir que Fernando pescaba, sería no decir nada; el verdadero placer del Rey no consistía en pescar, sino en vender personalmente el pescado. Más de diez veces he presenciado este singular espectáculo.

Veamos cómo éste se desarrollaba.

El Rey pescaba ordinariamente en una parte del mar reservada, frente a una pequeña casa de su propiedad, en el cuartel del Posilipo. Cuando había logrado una buena pesca, volvía a tierra, mandaba llevar su pescado a la Marina, llamaba a los compradores que, como es de suponer, no dejaban de acudir al real llamamiento. Ponía el pescado a subasta; todo el mundo podía pujar. Cuando le parecía que el precio era demasiado bajo, pujaba por su cuenta, y si, por fin, se quedaba con la mercancía, llevaban ésta a palacio, donde era servida en la mesa real. En semejante circunstancia, todos se acercaban al Rey, y podían hablarle y hasta buscarle cuestiones, lo cual no dejaban de hacer sus buenos amigos los *lazzaroni*, que no se tomaban la molestia de tratarle de *Majestad*, pero en cambio le llamaban *Nasone*, a causa de su descomunal nariz, tres veces más grande que una nariz ordinaria.

Esta venta era, en general, muy cómica. El Rey vendía al precio más alto que podía, ponderaba la calidad de su pescado, lo cogía por las agallas y lo mostraba al público, abofeteaba a los que ofrecían un precio demasiado bajo, si los tenía a mano; por su parte, los *lazzaroni* le respondían con injurias, cual si tratasen con un vendedor corriente; tales invectivas le hacían reír a mandíbula batiente. Terminada la venta, completamente mojado y oliendo a pescado, volvía a palacio, y, antes de lavarse y sin cambiar de ropas, iba riendo a contarle todo a la Reina, la que, según la disposición de ánimo en que se encontraba, le escuchaba con

paciencia o lo despedía afeándole sus groseros placeres, a los cuales, sin embargo, no deseaba la Reina que su marido renunciase, puesto que, anteponiéndolos a los asuntos públicos, podía ella gobernar el reino a su antojo.

XLVI

Conforme he dicho, la Reina me había pedido mi vestido, para mandar confeccionar uno igual. Se lo envié en seguida.

Tres días después, una de sus camareras vino a decirme que Su Majestad se encontraba en el palacio real y me mandaba llamar, recomendándome que me pusiese mi chal azul.

Apenas hacía diez minutos que había llegado de Caserta, y, para que no la hiciese esperar, me enviaba a buscar en uno de los coches de palacio.

Previne a sir Guillermo de mi salida, y en el acto fui a reunirme con la Reina.

Los departamentos de María Carolina estaban en el ángulo del palacio más cercano al mar y miraban a un terraplén completamente cubierto de naranjos y limoneros.

Encontré a Su Majestad vestida con el nuevo traje que se había mandado hacer sobre el modelo del mío. La Reina llevaba una sola pluma blanca en la cabeza; el chal azul aparecía sobre un sillón.

Quise saludarla con el ceremonial de rigor; pero, después de haberme abrazado, dijo:

—¡Vamos, pronto, pronto; a vestirse!

No comprendía yo el significado de la invitación; pero la Reina me mostró mi vestido colocado en un sillón, y yo comprendí que quería satisfacer el capricho de que nos viesen a las dos vestidas del mismo modo.

Efectivamente, ésa era su intención. Entonces le pregunté si me permitía pasar a una pieza contigua para cambiar de ropa.

Se encogió de hombros, y respondió:

—¿Para qué tales ceremonias entre nosotras?

Yo me encontraba bastante cohibida.

—Déjeme hacer—añadió,—seré su camarera, y usted verá que lo hago bien.

Estaba yo tan confundida, que no sabía lo que hacía; balbucía, temblaba, me pinchaba los dedos con mis alfileres, y procuraba desprenderme de las manos de la Reina.

—Pero, ¿está loca?—decía.—Deje usted; se lo mando.

Para demostrarme que la orden, aunque pronunciada con tono imperativo, envolvía un nuevo favor, me dió un abrazo.

Un estremecimiento recorrió todo mi cuerpo.

Estaba tan lejos de esperar semejantes familiaridades por parte de una reina que pasaba por ser la mujer más alta e imperiosa de su reino, que creía estar soñando. Me preguntaba si aquella mujer era realmente la hija de la emperatriz María Teresa, y si era yo, en efecto, la hija de una pobre moza de cortijo.

Me sentía presa de una especie de desvanecimiento moral.

De grado o por fuerza, tuve que dejar hacer a la Reina su voluntad. Me ayudó a quitar el vestido con que yo venía; me puso uno de satén blanco, y en la cabeza una pluma blanca. Después acercó nuestras cabezas al espejo, y miró un instante.

Con acento un tanto mohino:

—A fe mía—dijo,—hago aquí un triste papel. Decididamente, milady Hamilton, usted es más bonita que yo.

Yo estaba confusa, colorada hasta las orejas y no sabía dónde esconderme.

—Vuestra Majestad—contesté,—me permitirá que no participe de su opinión. Tal vez soy bonita; pero Vuestra Majestad... ¡oh! Vuestra Majestad es hermosísima.

—¿Siente usted lo que dice, o es por pura adulación?

—¡Oh! ¡se lo juro!—exclamé desde el fondo de mi alma.

—Así que—dijo lanzando una mirada a sus magníficos hombros,—si usted fuese hombre, querida lady, ¿se enamoraría de mí?

—Más que esto, señora; la adoraría de rodillas.

María Carolina sacudió la cabeza, sonriendo con melancolía.

—Ser amada, es ya de por sí cosa extraña, sobre todo para una Reina. No pidamos lo imposible... Y, sin embargo...

Aquí se detuvo, lanzando un suspiro.

La miré con un interés cuya sinceridad no daba lugar a dudas.

—¿Y sin embargo?... —dije a mi vez.

Echóme el brazo alrededor de mi cuello, y me hizo sentar a su lado en un sofá.

—¿Cuántas veces ha sido amada usted?—me dijo.

—Dos veces: una, con tierna amistad, otra con amor profundo.

—¿Y cuál de estos dos sentimientos le ha proporcionado mayor felicidad?

—El primero.

—¿Y usted?

—¿Yo?

—Sí, usted... De todos sus adoradores, ¿cuál de ellos ha sido el más amado por usted?

Yo sonreí.

—¿Debo responder con franqueza?—pregunté.

—Conmigo, ¡siempre!

—Uno, el tercero, que no me amaba.

—Esa es la verdad—dijo María Carolina;—tal es la condición de nosotras las mujeres. Yo también, pobre Emma mía, he sacrificado un amor verdadero, un amor real, a un amor engañoso e interesado; pago las consecuencias. Tengo un marido al que no amo, al que no puedo amar, y un amante que desprecio... Se asombra usted de que le diga esto con semejante desenvoltura; ¡qué quiere usted! Poseo un instinto que me arrastra a quererla. Por lo de-

más, es un secreto que casi todo Nápoles conoce, por lo que, mi confianza carece de mérito, y, según toda probabilidad, ya debe usted saber desde hace tiempo lo que ahora le cuento.

—Lo que me cuenta Vuestra Majestad no me incumbe.

—Mi Majestad es una triste Majestad desde el punto de vista de la felicidad; pero, al pisar el suelo de Nápoles, luego que observé al hombre que me había sido destinado, me sentí condenada.

—En efecto, ¡qué diferencia, Dios mío, entre el Rey y Vuestra Majestad! —exclamé.

—Tú acabas de exponer mi única excusa, querida Emma. Tú, naturaleza delicada, fina, exquisita, ¿comprendes mi desaliento?... Yo era joven, apenas tenía quince años; me habían dicho que iba a reinar en la tierra donde murió Virgilio, en el país que vio nacer al Tasso; que iba a casarme con un joven príncipe de diez y ocho años, un descendiente de Enrique IV. Llegaba, por decirlo así, con la *Eneida* en una mano y la *Jerusalén libertada* en la otra; llegaba con todas las esperanzas de un corazón virgen, todos los ensueños de un espíritu nutrido con las baladas de nuestra vieja Alemania. Me encontré con... Tú le conoces, no tengo necesidad de hacer su retrato... Me encontré con una especie de campesino ignorante, que no hablaba más lengua que su dialecto napolitano; un pordiosero del muelle, que comía macarrones en el palco real; un pescador de Mergellina, vendiendo su pescado lo mismo que los marineros del puerto; un cazador grosero; un *buscón* de lugareñas, un sultán de villorrio, que se ha formado un harém de vaqueras. ¡Ah! te lo aseguro: mi ilusión no fué muy duradera. Un día creí poder aún ser feliz. Había tropezado con un hombre dotado de todas las cualidades de que el Rey carecía: joven, hermoso, elegante, espiritual, príncipe...

—El príncipe de Caramanico—dije yo, sin considerar lo inconveniente de mi interrupción.

—¿Sabes su nombre? —repuso la Reina.

Me puse colorada.

—No te ruborices—añadió.—El pobre José me amaba de veras, no como el otro; y me consta que sigue amándome.

—¿Qué razón impide, pues, a Vuestra Majestad volver a verle?

—Han procurado alejarle de mí.

—Haga Vuestra Majestad que vuelva, llámele a su lado... ¡Oh! si yo fuese reina, si amase a un hombre y detestase a mi marido, nada en el mundo me impediría vivir cerca del que fuese objeto de mi amor.

—Si tal cosa hiciese yo, temo que ocasionaría su muerte—dijo la Reina con sombrío acento.

Yo me estremecí.

—¿Y quién podría cometer un crimen semejante?—pregunté.

—El que le ha reemplazado, y que podría temer que el primero recobrase su puesto.

—Vuestra Majestad abriga esta concepción, y sin embargo no se desprende de ese hombre.

—¿Qué hacerle!... En las regiones que nosotros habitamos existen lazos políticos; cuando se cae en ellos, no hay más remedio que resignarse. Gritar, está prohibido; todo un pueblo está escuchando, y le dice a uno en las narices: «¡Bien hecho!» Quejarse... sí, es un gran alivio; mas, para quejarse, es necesario tener una amiga. Y con todo, yo me quejo, ya lo ves, y ni siquiera sé si tengo una amiga.

—¡Oh! ¡tiene Vuestra Majestad una, señora! que la amará, no por ser Reina—exclamé, tentada a echarle los brazos al cuello, como si fuésemos iguales.

Reprimí ese impulso.

—Pero que se apartará de mí, precisamente porque soy Reina—dijo Carolina con una triste sonrisa.—¡Ay, pobre Emma! Las regiones del trono son como las cumbres de los Alpes, estériles a cierta altura; no germina en ellas ni el amor ni la amistad.

—Se engaña Vuestra Majestad, señora, puesto que ese hombre la ama, y que yo...

—Y tú, ¿qué?

—Yo, alentada por lo que Vuestra Majestad me dice, me atrevo a declararle que también la amo.

—¡Oh! a menudo he soñado con una amiga. Pero no he encontrado más que falsas apariencias de amistad: la San Marcos y la San Clemente me piden incesantemente para sí, o para sus amantes, o bien para sus maridos... ¿Esas son amigas?

—Yo, señora—exclamé,—nada tengo que pedirles para nadie, ni para mí ni para mi marido, y, en cuanto a un amante, no tengo ninguno, y sospecho que nunca le tendré.

—Precisamente porque no tienes nada que pedirme, ni para ti ni para los demás—dijo la Reina con amarga sonrisa,—no te tomarás la molestia de ser mi amiga.

—¡Oh, sí, sí!—exclamé, no pudiendo resistir más la atracción que ella ejercía en mí, y echándole los brazos al cuello;—¡sí, os lo juro!...

—Así sea—repuso Carolina.—Pues bien, voy a corresponderte, y vas a ver lo que no he mostrado a nadie: su retrato.

Se detuvo un instante, y continuó:

—Más adelante, dentro de diez años, sabrás que en la vida de una mujer, tanto si es reina como si es lavandera, hay siempre un amor que deja un surco más profundo que los otros. Este amor es a menudo el primero. A cada hombre que pasa en realidad, o que pasa en recuerdo delante de ese espejo que se llama el corazón, sacúdense tristemente la cabeza y se dice: «¡No es él!» Luego, poco a poco, el espejo se empaña y no refleja ninguna otra imagen; y, sin embargo, cuando se mira a través del vaporoso velo extendido en la superficie, siempre se ve la misma reproducción, siempre el mismo hombre.

Bajé la cabeza. El único hombre que yo había amado, o creía haber amado, era sir Harry, y me parecía que ninguno de los que había conocido logró trazar en mi corazón el profundo surco de que hablaba la Reina.

—¿Estaba yo destinada, según eso,

a no amar otra vez? ¿o es que no había sentido aún el verdadero amor?

La Reina se acercó a su bufete, pieza maestra de Boule, regalo de Luis XVI, abrió una gaveta, y volvió a mi lado, llevando en la mano una pequeña cajita.

En esta cajita se encerraba un medallón con su correspondiente estuche, un paquete de cartas y algunas flores y hojas secas.

Me sonreí. Pensaba en esa Reina altiva, poderosa, absoluta, en esa mujer de quien se decía que tenía un corazón empedernido, y que, a la par de otra cualquiera, me mostraba un puñado de flores secas, un paquete de cartas y un retrato.

El cetro puede secar la mano, la corona puede quemar la frente de la Reina; pero existe un rincón del alma donde la mujer permanece siempre mujer.

Me sonreí ante esa nueva demostración de nuestra fuerza o de nuestra debilidad.

—¿Ríes—me dijo la Reina—y te parece que estoy loca? Bien, ríe más fuerte, si te place; una parte de mi corazón está donde él se encuentra; la otra, con estas flores, con estas cartas y este retrato. Frecuentemente, después de haber soportado un día entero a un marido que aborrezco y a un amante que desprecio, me encierro a solas en esta pieza, saco mi querida cajita de este bufete, la abro, y me digo: «Esta hoja de laurel la cogimos una tarde en la tumba de Virgilio; la luna, que se elevaba espléndida tras el monte Sant'Angelo, proyectaba extensas sombras sobre el Posilipo; él y yo estábamos perdidos en uno de aquellos ángulos de tinieblas y como arrancados del mundo de los vivos que se agitaba a nuestros pies; el reloj del convento de San Antonio daba las once; él estaba a mis plantas, como un pastor de Teócrito o de Gessner, y me suplicaba... Nos habíamos dicho que nos amábamos, pero yo no le había entregado aún más que la virginidad de mi corazón... Al extinguirse el eco de la oncenaria hora, cogí esta hoja, la llevé a mis labios e incliné la cabeza hacia él;

su boca se posó en el otro lado de la hoja, cuyo espesor era el único tabique que separaba sus labios de los míos; de repente separé con rapidez la hoja; nuestros labios se tocaron... El lanzó un grito como si un hierro candente le hubiese penetrado en el corazón; le vi palidecer, cerrar los ojos y echarse atrás; le retuve en mis brazos, le acerqué a mi pecho... Era una hermosa noche de mayo; el mar brillaba como un lago de plata derretida; Júpiter se elevaba por encima del Vesubio, rojo, como si saliese del cráter... ¡Ah, pobre hoja marchita! Hace catorce años que fuiste arrancada, y, sin embargo, ya ves que nada he olvidado. Cada una de estas plantas o de estas flores es un jalón de nuestros amores y tiene su historia como esta hoja de laurel; con ellas, podría yo recomponer todo el poema de mi dicha y de mi juventud. Esta rama de brezo está asociada con los recuerdos de cierta noche inolvidable. El Rey tenía un regimiento privilegiado que denominaba sus Liparistas, porque todos o casi todos los individuos que lo formaban procedían de las islas Lipari. José era capitán de ese regimiento. Vigilada como estaba yo, en aquella época, por el viejo Tanucci, que me aborrecía, que me detestaba, no nos podíamos ver sino arrojando mil peligros. Induje al Rey a celebrar una fiesta en honor de su regimiento. Se acordó que nos disfrazaríamos, él de hostelero, yo de hostelera, y que daríamos albergue a los oficiales del regimiento. Se levantaron dos tiendas muy espaciosas, en una de las cuales presidía el Rey, que tenía por ayudantes los principales señores de la Corte. Yo, vestida al estilo de las mujeres de Prócida, el pañuelo encarnado anudado en la cabeza, el corsé bordado de oro ceñido al talle, la falda corta, tenía por sirvientas a las más encopetadas señoras. Caramanico vino a sentarse a una de las mesas servidas por mí, lo cual me permitió dedicarme a él sin desatender a los demás. ¡Con qué placer era su criada y le servía, viendo que bebía a la salud de la Reina, que en su fuero interno no era otra que María Carolina! Pasaba cerca

de él; mi vestido rozaba sus rodillas, mi brazo sus hombros, pasaba y pasaba sin cesar, y siempre tenía algo que hacer en aquella dirección. La música preludió los primeros compases de un baile. Como uno de los principales oficiales del regimiento, tenía la facultad de invitarme. Tres veces bailamos juntos. Notando el ramito que adornaba mi cintura, aproveché un momento de reposo para hacer otro igual; me lo dió, y yo le di el mío... Es el que ahora te muestro; es este brezo rodeado de claveles. ¿Quieres ver la carta que al día siguiente me escribieron? ¡Hela aquí!

Cogí la carta de las crispadas manos de la Reina, y leí:

«¡Oh, Carolina amada! heme de nuevo caído del Cielo a este desierto que llaman la tierra, desierto para mí cuando no te veo. ¿Es un sueño? ¿Es una realidad? Una diosa, Hebé o Venus, no sé cuál, las dos son rubias, jóvenes y hermosas, me han servido néctar y ambrosía... ¡Oh! he saboreado el manjar divino... ¿Por qué eres Reina? ¿Por qué no eres una de esas sencillas hijas de la isla helénica cuyo vestido llevabas ayer? Entonces, no más palacios rodeados de centinelas, no más corredores guardados por damas de honor, no más cámara real custodiada por un Rey. Entonces habría una barca y el mar se extendería a nuestros pies; el cielo sobre nuestras cabezas; un promontorio que se llamaría Meseno, un golfo de amorosos recuerdos llamado Baía; bosques de naranjos, donde nos perderíamos, a los que daríamos el nombre de Sorrento. ¡Ah, contigo, la vida, la libertad, el infortunio, la muerte! Pero, sin ti, nada, ni gloria, ni dicha, ni siquiera un lugar a la derecha de Dios. Tu

»JOSÉ.»

Dejé caer la carta suspirando.

—¿Crees que me ama?—preguntó la Reina llevándola a sus labios.

No respondí.

—¡Oh! comprendo. Te preguntas a ti misma, por no atreverte a pregun-

tarme a mí, cómo siendo amada de semejante hombre, he podido consentir en alejarle de mi lado; te preguntas cómo, habiéndole amado, he podido amar a otro... No he amado a otro; he sido la amante de otro: eso es todo. ¡Qué quieres! Cleopatra, después de haber sido la amante del divino César, fué la concubina del beodo Antonio. No hablemos más de ello, que es un borrón para mí. ¿Quieres ver su retrato?

Y con violencia, casi colérica, abrió el estuche, y puso ante mis ojos una preciosa miniatura.

Era el retrato de un hombre de veintiocho a treinta años, de fisonomía más bien severa que tierna, de ojos y cabellos negros y hermosos.

Vestía el uniforme de capitán de los Liparistas.

En aquel instante llamaron a la puerta.

—¿Quién es?—preguntó vivamente la Reina, guardando con presteza todos aquellos objetos, como si temiese que miradas extrañas los profanasen.

—Yo, señora—contestó una voz de hombre.

La Reina frunció el entrecejo y su fisonomía adquirió una increíble expresión de dureza.

—He dicho que no recibía a nadie—respondió Carolina.

—¿Ni siquiera a mí?—preguntó la voz.

—Cuando digo a *nadie*—replicó la Reina con acento rudo,—no hago excepciones.

—Yo tenía importantes noticias políticas que comunicar a Vuestra Majestad.

—Comuníquelas al Rey; por hoy, le transfiero plenos poderes.

—Empero, cuando Vuestra Majestad sepa...

—Hoy no quiero saber nada—dijo con impaciencia la Reina y golpeando con el pie.

—¿Vuestra Majestad está con lady Hamilton?

—¡Me parece que usted me interroga!—observó la Reina.

—No, señora; pero sir Guillermo ha venido para advertir a milady que, ha-

biendo recibido las mismas noticias que yo, sale para Caserta.

—¿Sabe que milady se encuentra aquí?

—Sí, Majestad.

—Pues bien; que se vaya a Caserta.

—Entonces, me voy con él—añadió la voz.

—Parta usted, señor.

Of el rumor de pasos que se alejaban.

—Con todo, señora—me atreví a decir,—si las noticias que le traían son realmente tan graves como parecen...

—Hoy, que en una mano tengo su retrato, y con la otra estrecho a una amiga sobre mi corazón—respondió Carolina,—hoy daría mi trono por un carlino (1); ¡con mayor razón el de los otros!

XLVII

Es de comprender que la conversación entre la reina Carolina y yo, se refería al príncipe José de Caramanico, a la sazón virrey de Sicilia. Era ministro del Rey y amante de la Reina, cuando propuso, con el fin de crear una marina a Nápoles, llamar de Toscana al capitán de fragata Juan Acton.

¿Por qué ese hombre, casi desconocido y desprovisto de toda aptitud superior, era elegido por el príncipe Caramanico, que poseía un entendimiento privilegiado?

En este mundo no hay más que suerte e infortunio. Nacido en Besanzón, de una familia irlandesa, Juan Acton entró en la marina francesa, donde sufrió humillaciones que se decía eran merecidas, y se fué de Francia, sintiendo por ella un rencor que más tarde se convirtió en odio encarnizado.

(1) Nombre de varias monedas italianas. En las Dos Sicilias valía 42 céntimos y medio.—(N. del T.)